

LA NOVELA SEMANAL



CRISTINA

Por **ALFREDO DUHAU**

NÚMERO EXTRAORDINARIO

PRECIO. 1.0



SI VD. DESEA ABUNDANCIA DE FUERZAS Y PODER DE RESISTENCIA, TOME HIERRO, DICEN LOS MEDICOS

Hierro Nuxado pondrá a toda persona delicada, anémica y nerviosa, un 200 por ciento más fuerte en sólo dos semanas, en muchos casos.

NEW YORK. N. Y. — "Infinidad de personas cometen el error de creer que tomando una medicina estimulante, una droga narcótica o cualquier otra preparación secreta, van a obtener nuevas fuerzas y salud", dice el Dr. Bourgey, un especialista de París, "cuando es un hecho bien sabido que la fuerza real y verdadera sólo podemos derivarla de los alimentos que ingerimos; pero existen muchísimas personas que aun de los alimentos no derivan la necesaria fuerza y poder vital, debido a que su sangre no contiene hierro en cantidad suficiente para el necesario proceso de transformación y asimilación. Estas personas reconocen por su estado de nerviosidad y debilidad que algo grave ocurre en su organismo, pero no sabiendo a ciencia cierta lo que es, comienzan a medicarse para el estómago, el hígado o los riñones (si es una señora o señorita para las enfermedades propias de su sexo) o para alguna otra enfermedad que, aunque el paciente lo ignora, es en realidad ocasionada por la falta de hierro en la sangre. Este estado de cosas continúa a veces por tiempo indefinido, y el paciente, siempre en el mayor sufrimiento y desespero, casi sin saber qué hacer. Si alguna de las personas que me escuchan", continúa el Dr. Bourgey, "se encuentra en el número de estos desgraciados, que sufren no sintiéndose fuertes o del todo bien, les aconsejo no perder momento en someterse a la siguiente prueba: Vea primero qué distancia puede caminar sin cansarse; tome después dos comprimidos o pas-

tillas de hierro nuxado tres veces al día durante dos semanas; pruebe entonces nuevamente sus fuerzas y poder de resistencia y vea por sí mismo si ha ganado o no. Con mis propios ojos he visto multitud de personas nerviosas, anémicas y enfermizas, que siempre de algo se han estado quejando, duplicar y aun triplicar sus fuerzas y poder de resistencia, librándose al mismo tiempo de síntomas de dispepsia, nerviosidad, anemia, desarreglos del hígado y otras enfermedades, en un tiempo relativamente corto, solamente tomando hierro nuxado en la debida forma. Hierro nuxado es la preparación a base de hierro más moderna que se ofrece hoy al público, y por experiencia propia sé que en esta forma es absorbido y asimilado al organismo con suma facilidad. Muchos de los famosos campeones y atletas norteamericanos han ganado sus contiendas porque reconociendo el secreto de la fuerza y poder de resistencia han provisto su sangre de suficiente cantidad de hierro."

NOTA: El hierro nuxado que arriba recomienda el Dr. Bourgey, es, como ya antes se dice, una de las formas más modernas en que hoy día se prepara el hierro orgánico. En esta forma tiene las ventajas de que el organismo lo asimila con la mayor facilidad, que no ennegrece la dentadura y que no revuelve el estómago. Es un reconstituyente poderoso en casi todas las formas de indigestión, nerviosidad, anemia, desarreglos del hígado, pobreza de la sangre y otras enfermedades.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unico importador: LUIS F. MILANTA, Rivadavia 1255—Bs. As

A nuestros agentes y corresponsales

Comunicamos a todos los señores agentes y corresponsales que habiéndose reeditado ya la colección completa de las interesantísimas obras que hemos venido publicando en nuestro semanario, pueden dirigir sus pedidos de colecciones, sin pérdida de tiempo, con el fin de evitar demoras en los envíos, a la Agencia General de Librería y Publicaciones, calle Rivadavia 1573.

En las localidades del interior y exterior de la República, donde no tengamos representantes, puede solicitarse la agencia de nuestro semanario siempre que sea por personas que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso. — Dirigir las solicitudes a la Agencia General, Rivadavia 1573. — Buenos Aires.

LA ADMINISTRACION.

El niño que sufre de estreñimiento no quiere jugar ni se ríe.

Si el niño está malhumorado, febril y enfermizo, dele el Jarabe de Higos "California"

¡ Madres! Sus niños no son intranquilos ni malhumorados por naturaleza. Fíjese a ver cómo tienen la lengua; si está sucia es señal evidente de que el estómago, hígado e intestinos delicados necesitan un laxante.

Cuando el niño esté indiferente, pálido, febril, resfriado, tenga el aliento fétido, mal de garganta, no coma, no duerma ni funcionen bien sus intestinos; si tiene dolores de estómago, o diarrea, acuérdesse que un laxante suave para los intestinos es el primer tratamiento necesario.

Nada iguala al Jarabe de Higos "California" en enfermedades de los niños; dele una cucharadita, y en pocas horas desaparecerá el estre-

ñimiento venenoso, bilis ácidas y alimento fermentado que obstruye los intestinos, y su niño estará sano y contento otra vez. Todos los niños encuentran este inofensivo y delicioso "laxante de fruta" muy agradable al paladar, y es siempre eficaz para los órganos interiores. Las direcciones para tomarlo, tanto los niños de todas las edades como los adultos, vienen impresas en cada botella.

Téngalo siempre a la mano. Un poco que se le dé hoy, salvará a un niño enfermo mañana; pero compre el genuino. Pídale a su boticario una botella del Jarabe de Higos "California", y vea que sea el fabricado por la "California Fig Syrup Company".

Todo el mundo debería tomar agua caliente por la mañana

Expúlsense todos los venenos del estómago y del hígado por medio de un lavatorio antes del desayuno.

Para que se sienta mejor día entra y día sale, para sentirse limpio interiormente, sin bilis ácida que le cubra la lengua y le corrompa el aliento o le embote la cabeza; libre de estreñimiento, ataques biliosos, jaquecas, resfriados, reumatismo, gases y acidez de estómago, debe usted lavarse por dentro lo mismo que lo hace exteriormente. Esto es mucho más importante, porque según un médico bien conocido, los poros de la piel no absorben impurezas para la sangre, mientras que los poros intestinales, sí.

Para mantener estos venenos y toxinas fuera del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos, tome todos los días antes del desayuno un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone. Esto limpiará, purificará y refrescará todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago.

Consiga con su farmacéutico un cuarto de libra de fosfato limestone. Es barato y casi insípido, a no ser una ligera acidez que no es desagradable. Tome agua caliente fosfatada todas las mañanas para que libre el sistema de estos venenos y toxinas, y también para que impida su formación.

Para sentirse como se sienten los jóvenes, como se sentía usted antes de que su sangre, sus nervios y sus músculos se saturaran de venenos del cuerpo acumulados, comience este tratamiento, y, sobre todo, persista en él. De la misma manera que el jabón y el agua caliente obran sobre la piel limpiándola, suavizándola y purificándola, así el fosfato limestone obra sobre el estómago, el hígado, los riñones y los intestinos.

El lunes próximo publicaremos

N.º 34

“El Ataja-Camino”

PRODUCCION INÉDITA DEL REPUTADO Y CONOCIDO ESCRITOR

JUAN CARLOS DÁVALOS

Esta obra maestra pinta las costumbres y escenas del interior de Salta y encierra una sucesión de episodios que darán a nuestros lectores ocasión de apreciar el valor de la pluma que trazó rasgos tan originales.

SUCESIVAMENTE “EL HAMBRE” DE PEDRO SONDERÉGUER, novela dramática intensísima. Irán luego producciones de MARIANO DE VEDIA, HORACIO OYHANARTE, BELISARIO ROLDÁN, RICARDO ROJAS, CÉSAR CARRIZO y otros autores de reconocida nombradía.

CRISTINA

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

ALFREDO DUHAU

Je ne suis pas l'apôtre du vice, mais
je me fais l'écho du malheur noble
partout je l'entendrai prier.
ALEX. DUMAS (fils).

En pleno enero, una mañana bañada por el sol, apenas tibia, sin embargo, y cargada de un céfiro reconfortante. Magnífico día para una excursión por los alrededores de la ciudad, para ver cómo se transforman los baldíos y cómo se desarrollan los barrios más apartados, merced a la necesidad de aire y luz; por la misma carestía de la vida que obliga al proletario y aun a la clase media, a buscar una vivienda acomodada.

Para examinar las cosas de cerca no conviene la electricidad. hay que andar a pié y es lo que he pensado hacer, trasladándome, eso sí, en el tranvía, hasta la calle Río Janeiro, que no me era conocida. Allí cerca encontré un tipo familiar, desaparecido de su primitivo emplazamiento y cuyo paradero ignoraba: el negro Falucho, de Correa Morales, venido completamente a menos, trasladado de un sitio aristocrático a otro bien modesto, por cierto. Precisamente en la plazoleta donde ha sido ubicado el héroe africano cuya acción aparece en la nebulosidad de los sucesos más bien como una bella leyenda, fué donde ocurrió el caso que me sugiere este relato.

NOTA.—La colección completa de nuestras obras (la mayoría reeditadas) se pone en venta por última vez durante el curso de Julio al precio único de 10 centavos el ejemplar, pasada esa fecha el número atrasado valdrá \$ 0,20.

Pidanse en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

(En el interior de esta novela va la nómina de las novelas publicadas hasta la fecha).

Subió al tranvía que nos conducía una mujer del pueblo, una italiana, con tipo de la alta Italia, acicalada de domingo, límpia, reluciente, la blanca tez un poco tostada, los cabellos rubios quemados por el sol, con dos grandes ojos claros, entre verdes y azules, ojos de mirar sereno y tranquilo. Peinaba sin coquetería alguna, un montón de trenzas anudadas detrás, el pelo partido en dos. Vestía de azul, un traje de lanilla y un cuello de encaje crudo. Lo que interesaba en aquella mujer de veintiséis a veintiocho años, no era tanto ella misma como su prole. La acompañaban seis hijitos, de los que el mayor no sobrepasaría los ocho años. Todos rubios, alegres, risueños, tan pulcros que parecían fregados. De los dos sexos, chicos y chicas, cada cual con su atavío festivo. Se parecían singularmente a la madre. En las niñas había cierto rebuscamiento en el vestido y el sombrero. El bienestar de los obreros daba para acicalarlos. Buenas botas, hasta la seda entraba en alguna de las faldas. El chicuelo menor, que tendría dos años, era el objeto de todas las atenciones de la madre y los hermanos.

La subida al tranvía de toda esa familia causó general conmoción. Varios pasajeros se adelantaron a hacer sitio a los chiquillos, a ayudarles a trepar; les acomodaron en las banquetas. Un par de señoritas que volvía de misa, y cuya situación desahogada se adivinaba, tanto en las pulidas manos como en la indumentaria elegante más bien, tuvieron ternezas para una chiclea de nariz al viento y mirada cándida. La madre iba orgullosa de su descendencia y parecía como que los contase a cada instante con los ojos. Esta escena de inmigración, tan confortante, que influía sobre las veintitantas personas que iban en el coche, escena que parecía el complemento de la fresca y lozana naturaleza que nos rodeaba por el Parque Centenario, a donde llegábamos, me hizo soñar, avivó mis recuerdos. Hasta la memoria clásica de Cornelia se me presentó. Aquellos infantes tenían, acaso, igual origen que los Gracos. Recordé otras maternidades igualmente gloriosas. Pero, qué, ¿no lo es siempre la maternidad?

¡Qué admirable reminiscencia, en fin, acudió a mi pensamiento! ¡Sí, no cabe duda que la Providencia, el instinto, han puesto en la maternidad toda su reserva de ternuras, toda la responsabilidad, y el fundamento de las razas!

Un episodio de mi vida de juventud, de mis treinta años robustos, investigadores, curiosos, me absorbió por completo mientras el tranvía rodaba y rodaba, entraba en poblado, se alejaba cada vez más por entre pintorescos chalets y casitas modestas que surgían a ambos lados entre la frondosa vegetación. Estábamos en Floresta, cuando un grito del guarda me arrancó de tan suave "reverie", de mi amplio paseo por las generosas avenidas de la maternidad humana... ¡Qué tema, no ya para una novela edificante, sino para un admirable poema, para un excelso canto a ese inmortal poder que ha puesto en el corazón de la mujer, en todas sus entrañas, el hondo sentimiento de la madre!

I

La protagonista era una muchacha casi vulgar. Nació pobre, miserable, pero traía consigo los dones de la gracia y la belleza. Había sido seducida a los catorce años, en la promiscuidad del conventillo. Un pariente invitado a pernoctar en la única habitación que ocupaban seis personas. Poco más sabía de sus primeros años. Huyó de la casa, no tanto por desapego, cuanto por el horror que una ráfaga extraña de asco le había inspirado hacia los suyos. ¿Cómo a los veintidós años se encontraba rodeada de lujo, de ricas toilettes, de buenas alhajas, en una casita de la calle Charcas al

llegar a Callao? ¿En qué forma su espíritu había adquirido la comprensión de ciertas ideas de elegancia, de refinamiento, casi de arte? Como manifestase siempre decidida repugnancia por remontar el pasado, y una raya de tristeza se dibujara en su ancha frente cuando yo le hablaba de ello, después de dos o tres tentativas de averiguación desistí de ahondar más en aquel romance común que era, seguramente, el de todas las mujeres de su rango extraviadas en el vicio. Con todo, Cristina, que este era su nombre, había logrado ascender, salir de la galantería inferior a que la llamaba su baja clase y encontrarse en el plano de las cortesanías más solicitadas de esa época. ¡Ruda carrera! Bien se le comprendían en ciertas frases fugitivas que se le escapaban traicionando sus propósitos de reserva.

El canto había rodado mucho. He ahí por qué se había afinado y carecía de puntas. Su integridad física era, sin embargo, maravillosa. Su dulzura la de una mujer feliz, sin recuerdos amargos. La venalidad de su oficio no le impedía el homenaje al pudor. Lo simulaba sin exagerar. Era bondadosa, mucho; desde la oscuridad había socorrido a gentes desgraciadas, convecinos de su niñez, que sabía en la indigencia. No tenía el temperamento de su profesión. A menudo olvidaba que le estaba vedado amar, so pena de sufrir y de ser explotada. Y cuando amaba se daba desinteresadamente como la más honesta consorte... Las consecuencias solían ser tan naturales como frecuentes. Varias veces llegó a estar encinta. Esto la contrariaba mucho; la ponía meditabunda. Sólo después de largas reconcentraciones se decidía a proceder, eliminando al intruso... Y, entonces, durante semanas, la veía sombría, angustiada, silenciosa. Se hubiera dicho que la abrumaba un pesado recordamiento. A mí, que estaba en el secreto de su falta, no osaba mirarme de frente. Yo respetaba sus penosos escrúpulos, que no eran otra cosa que escrúpulos de una conciencia despierta en medio a la continuidad del pecado y aun cuando la sociedad ni sus conveniencias entrasen para nada en aquella alma huérfana de vínculos y afectos.

Una tarde estuvo más expansiva que de costumbre, después de una de esas crisis de retraimiento que eran para mí como el espejo en que veía patentemente reflejada su psicología. Me atreví a interrogarla de lleno con tono casi fraternal.

—“¿Por qué si cada una de estas situaciones te cuesta un desgarramiento — le dije —, por qué no afrontas de una vez la maternidad?”

Cristina me miró sorprendida; creí adivinar un movimiento de lástima en sus labios, que se abrieron un poco desdeñosamente dejando ver los dientes inferiores de un color nacarado. Sin duda le dolía que yo no hubiese penetrado con toda la agudeza de adivinación que ella me suponía, en el misterio de sus angustias.

—“¿Qué haría yo con un hijo? — me contestó secamente. — ¿Qué haría un hijo con una madre como yo?”

Y el diálogo acabó así. Ni yo lo reanudé más sobre el tema, ni ella se refirió en lo sucesivo a sus repetidos embarazos.

La vida siguió, en tanto, corriendo su tren igual para ambos. La frecuentaba menos. La divisaba a menudo en el desfile de los paseos, en el fondo de los palcos *grillés* del teatro; a veces, muy pocas, en el centro de la ciudad, luciendo su admirable cabeza al correr de un elegante carruaje de los varios que le pertenecían. Porque, eso sí, la suerte le era propicia, el amor le prodigaba sus favores. No había largos intermedios en sus caprichos, ni la plaza permanecía muchas horas vacía.

Cuando acertaba a distinguirme a lo lejos, me dirigía su me-

jor sonrisa con disimulo, me hacía un signo afectuoso con la mano, me enviaba recados por los amigos. "Si yo te hubiera querido — solía advertirme en las épocas de nuestra mayor intimidad —, es decir, si te hubiera tenido el amor carnal que otros me han inspirado, no hubiese conocido por ti el sentimiento tranquilo y dulce de la amistad. Lo que equivale a decir que cuando todo pasa y generalmente no deja más que la irritación o el hastío, tú quedas y quedas todavía más firme en mi corazón. Cuando no me acuerdo de nadie, y todas las compañías me atormentan, es cuando más deseo verte. Tú, que has estudiado y que sabes mucho de estas cosas, podrás analizarlas como te parezca; a mí me basta con experimentarlas".

¿Quién no se ha sentido halagado con esta encantadora camaradería? Es cierto que tales palabras podrían echar por tierra las pretensiones de donjuanismo de un hombre de mis años que se cree capaz de interesar el corazón femenino, mucho más cuando conoce los flacos de quien le habla en esos términos. Pero yo me limité siempre a un papel de espectador, y a veces confidente, en cuyos cálculos no entraban los privilegios del amante. Al conocerla, una semana me habló a los sentidos; sobrevino pronto la satisfacción sin llegar al hartazgo. Tratándola en la intimidad de contactos fugaces aprendí a quererla y a compadecer su destino. Buscaba la voluptuosidad y hallé una entidad moral que me seducía tanto como me asombraba en aquel profundo rebajamiento.

II

Habían pasado unos meses sin que yo aportase por la casa de la calle Charcas. Al anochecer de una tarde de diciembre, caminaba buscando aire, sin rumbo fijo, casi sin saber dónde me encontraba. Al llegar a un ramaje donde se levantaba un colosal edificio de vastas proporciones, nuevo para mí, me apercibí que estaba a pocos pasos del domicilio de Cristina. Sentí curiosidad, sed de verla. Tenía la seguridad de que mi presencia la alegraría. Además, no sabía nada de su existencia de ese invierno. Me contaría, acaso, novedades.

Llamé a su puerta y a poco apareció la figura familiar de Betty, una sirvienta inglesa que era el gobierno de la casa. La criada sonrió respetuosa, anticipándome antes de hablar la buena acogida de su ama. Por lo demás, Cristina había oído ya mi voz y salió al hall a recibirme, sin gastar cumplimientos ni antesalas. Estaba vestida con un kimono de matices rosa que entonaba su fisonomía. Recogido el cabello a la japonesa, se me antojó entre las plantas raras que decoraban el patio una visión oriental. Así, bella y exóticamente ataviada, me pidió excusas por su "facha". La declaré que nunca la había encontrado más de mi gusto. Me reprochó, mientras me retenía la mano entre las suyas, aquella larga ausencia.

— "Crí que no volvería a verte más — me dijo melancólicamente".

— "¿A verme más? — contesté sonriente, sin disimular mi curiosidad por aquel tono triston de mi amiga... Qué, ¿piensas morirte tan pronto?"

— "¡Irme!" — "repuso suspirando y mirándome fijamente. — "Lejos. No sé dónde".

— "¿Acaso algún desencanto muy grande? ¿O un gran amor?"

— "Más bien lo segundo. — Y ante una nueva sonrisa mía, cargada de malicia, añadió: — Pero amor como tú no lo imaginas. Eterno; que será el último.

—“Así creemos de todos ellos. Pero cada estación trae flores nuevas. Serás siempre la misma”.

Me indicó una silla y nos sentamos en el hall, frente a frente. Pidió que se encendiera la luz, pero yo le indiqué que prefería aquella penumbra que daba a la escena vagos contornos y que a ella misma la envolvía en una semioscuridad fantástica y tentadora. Estábamos en esto, manteniendo los dos un breve silencio inspirado por la situación, cuando de pronto sentimos un quejido, algo como un llanto infantil que partía de una habitación contigua. El débil gemido se acentuó, subió de punto y fué en seguida el lloro desaforado de un chiquelo de meses. Yo, estupefacto, sin comprender lo que pasaba, no articulé una sola sílaba. Cristina tuvo una carcajada, alegre y sonora, de sus tiempos de buen humor. Señaló al sitio de donde salían los llantos y me dijo:

—“¡Mi último amor! Ahí lo tiene, querido”.

—“¿Hijo suyo? — pregunté. — ¡Imposible!”

—“Y muy mío — respondió con cierta gravedad de acento que me intrigó... — Ven a verlo”.

La criada inglesa había acudido al primer grito de la criatura y la tenía en brazos. La vimos a la luz plena de la habitación. Era un muchacho robusto, con sedoso pelo rubio, moffetado, que aparentaba seis meses, por lo menos. La fortaleza de sus pulmones daba para formidables bramidos que encantaban a mi amiga. Se lo arrancó a la mucama y lo comió a besos, sacudiéndolo ruidosamente. Canturreó algunos compases de un viejo estribillo maternal y logró hacer callar al tierno rapaz, que inmediatamente empezó a sonreírle.

Entretanto, yo continuaba absorto y sin palabras. Pero resumía mis cálculos y no llegaba a comprender cómo Cristina, a quien había visto hacía seis meses, podía haber disimulado una gravidez avanzada. Y como ésta entregase el chico a una nodriza cuadrada que apareció por el fondo, aproveché para rogarle que me explicase el enigma. Después de bromear unos instantes me refirió todo. Un pasaje de novela en que aquella buena muchacha, que todo el vicio no había logrado corromper, hacía intervenir una voluntad superior, Dios, la Providencia, el Destino. — “Llámale, hijo, como tú quieras. Ya lo ves. Yo estaba destinada a ser madre. Por mis cabales o bien de otra manera”.

—“No quisiste uno tuyo; ahora cargas con el ajeno” — le contesté.

—“¿Ajeno? — dijo irritada y ya como apercibiéndose a la defensa. — “¡Vamos a ver quién viene a disputármelo! Más mío que si fuera de mis entrañas, puesto que su madre lo ha arrojado a la calle!”

Al regreso del teatro, en una noche de setiembre, casi helado de frío, Cristina lo había encontrado en su propio portal mal envuelto entre ropas astrosas. Venía a interrumpir una velada de amor, pero bien sabía, sí, sabía, la madre desgraciada o salvaje, que había de encontrar más calor que en su seno, entre las pieles de martha y el ancho manchón de renard de la sensible cortesana.

El infante había reanudado su cantinela de berridos, a pesar de los esfuerzos del ama para amamantarle, por lo que Cristina me dejó un momento y corrió a serenar la situación. Ello lo comprendía mejor que nadie, y hablaba ya del carácter del chico con una adorable seriedad que me impuso. Y así fué: su sola presencia bastó para consolar al chiquillo, que aceptó, entonces, el jugoso pezón.

Y Cristina volvió a mi lado triunfante. Yo la esperaba en el hall. Estaban ahora todas las luces encendidas y teníamos la rea-



Aguas de Colonia destiladas sobre flores



LE SANCY

SIMPLE
Ideal para el baño

Frasco grande . . \$ 3.20
.. medio . . . 1.95
.. cuarto . . . 1.45
.. chico . . . 0.45

AMBREE

Deliciosa para el tocador
Frasco grande . . \$ 5.30
.. medio . . . 3.10
.. cuarto . . . 1.90

LÓCION
De rica e inconfundible
fragancia

\$ 2.65

Flora

EXTRA FINA
Frasco grande . . \$ 7.—
.. medio . . . 4.30

Kendal

EXQUISITA Y SUAVÉ
Frasco grande . . \$ 5.50
Loción 3.30

Duc

**UNICA POR SU
DELICADO AROMA**
Frasco grande . \$ 5.50

PIDALAS EN FARMACIAS Y PERFUMERIAS

Medrano, 476 — BLAS L. DUBARRY — Buenos Aires



Oferta Excepcional

Trajes saco sport, casimires de lana, para niños de 7 a 15 años, a \$ 16.90 y **15.90**

Fernández, Palacios y Cía.

FLORIDA 181

**LOCION HIGIENICA
DE
EUCALIPTUS**

DE .
RUIZ y ROCA

**QUITA TOTALMENTE LA CASPA
EVITA LA CAIDA del CABELLO**

**Pídase en las buenas Farmacias,
Tiendas, Peluquerías y Perfumerías.**

The advertisement for Ruiz y Roca Eucalyptus Lotion features a central illustration of a row of bottles receding into the distance, with a sunburst effect behind them. The text is arranged in a structured, bold layout, with the product name at the top, the brand name in the center, and the benefits and purchase information at the bottom.

EL MEJOR
APERITIVO
DEL MUNDO



Giussani y Taiana. -- GARAY 866

el asiento. No me oyó, a pesar del ruido que hice con la prisa que llevaba, y esto me permitió contemplarla unos segundos en su hierática actitud.

—“¡Cristina!”—exclamé.

Levantó los ojos, se alzó del sillón y me tendió la diestra, donde apretaba un pañuelo de encajes.

—“¡Alberto!”—replicó con una voz expirante, llevándose luego el pañuelo a los ojos y secándose un río de lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas.

—“Pero ¿qué hay? ¿Por qué lloras así?” — alcancé a decir confuso, llevándola de nuevo a la butaca.

—“Perdóname”, — contestó sin serenarse, en medio de continuos sollozos. — “Me porté mal contigo. He sido una ingrata. Dios me ha castigado, obligándome otra vez a buscar tu generoso amparo... Ten piedad de esta desgraciada mujer”. — Y dicho esto tuvo una convulsión de llanto que le duró unos minutos.

—“Vamos, hijita, no se hable más de eso. Me extrañó tu desaparición, eso sí. Pero la tomé por una de tus tantas genialidades. Tenía, por lo demás, la seguridad de que reaccionarías. Sabes demasiado cuánto te quiero. Tú también me tienes un afecto fraternal. Nuestro alejamiento no podía prolongarse”.

—“Estaba loca, sí, loca. Tenía celos de ti. Me que me robares a Albertito. Yo misma te había dado las armas. Quedaba siendo nadie al lado de esa criatura que era mi sola razón de vivir; en cambio tú lo eras todo al adoptarlo. No había otro remedio que escapar y escapamos. Fué un completo delirio!”

—“Un disparate, querida. ¿Cómo había de pensar yo en tal atrocidad, en quitarte lo que por otros tantos conceptos te pertenecía? Sabes, además, que mi adopción no tenía sino un objeto: el objeto perseguido por ti”.

—“Sí, lo sabía... Pero estaba loca. Perdóname, perdóname”.

—“Bueno; estabas perdonada de antemano. Ahora cálmate y dime el resto. Porque algo tienes que decirme cuando vienes a esta hora nona y en ese estado de ánimo”.

Cristina, al escuchar estas últimas palabras mías, redobló su aflicción. Empezó a sollozar convulsivamente. Levantóse después de nuevo del asiento, un poco más calmada y me dijo:

—“El niño está gravísimo. Ayúdame a salvarlo, Alberto”.

—“¿El niño? ¿Gravísimo? ¿Qué tiene? ¿Has visto médicos?” — le respondí trémulo, sin poder dominar la emoción que aquella noticia me arrancaba.

—“He llamado a dos. Piden consulta; esta noche misma, si fuera posible. Me han indicado al doctor Gumerez, pero éste no sale de su casa. Recordé que era tan amigo tuyo...”

—“Al instante. Vamos allá”. Como no esté indispuerto le llevaremos. Le diré, si es necesario, que se traña de un hijo mío... ¿Tú tienes abajo el coche?”

—“Sí, me espera”.

Llamé a Pedro, le dí unas órdenes, cambié mi “pardesus” liviano por otro de astrakán, pues la noche era cruda, y sin quitarme el frac, tal como estaba, descendimos con Cristina a la calle y tomamos el coupé, indicando al conductor la dirección de Gumerez, Rivadavia arriba, hacia el Once. Los caballos, dos “hackney” excelentes, tomaron el trote largo. Y mientras corriamos dejando atrás el centro de la ciudad y sus calles a esa hora desiertas, sentía yo los sollozos de la infeliz mujer que no cesaban un instante.

—“Serénate, Cristina, — repuse; — ten la seguridad de que

Gumerez irá con nosotros. Es un gran médico y sanará a Alberto. He hecho curaciones inverosímiles”.

—“¡No quiera Dios y la Virgen!” — suspiró la desolada criatura. — Hoy se ha empeorado mucho. Ayer todavía sonreía, me conocía y me llamaba...”

—“No me has dicho de qué enfermedad se trata, todavía... ¿Alguna fiebre maligna?”

—“Una meningitis, parece. Al principio se creyó en una leve indigestión...”

Entonces, por consolarla, aun cuando el diagnóstico no me tranquilizaba, le hablé de la ciencia de Gumerez con admiración. Era un alto espíritu de sabio. Gran poeta, quizá su misma rica fantasía, la propia ternura de su imaginación, lo impulsaran a consagrarse como médico de esa bella parte del género humano, que es el niño. Llevaba veinticinco años al lado de las blancas camisas del hospital cuidando a los párvulos con una solicitud de padre, estudiando sus dolencias, arrancando a los pequeños organismos mudos el secreto de sus sufrimientos. Su adivinación tenía algo de brujería.

Estaba ya acostado hacía rato cuando llegamos a su puerta. Con todo, le pasé mi tarjeta con dos líneas en que le decía que me concediera dos minutos. Cristina esperaba con agitada ansiedad la respuesta.

—“Pase usted,” — dijo volviendo a aparecer el portero.

Pasé, y Gumerez me esperaba ya en su gabinete, abrigado, en espesa “robe de chambre”. Me acogió con gran afabilidad, no aceptó mis excusas y me preguntó de qué se trataba.

—“Una consulta suya para un niño que está grave”.

—“¿No puede postergarse hasta mañana?”

—“Imposible, doctor. Es un caso desesperado, casi, — contesté absolviéndome en mi interior de la exageración. — Y si usted no tiene absoluta imposibilidad le rogaría...”

—“Está bien. Espéreme usted. Voy a arreglarme en un momento”.

—“Yo estaré abajo” — dije — tardándome el correr a anunciarle a Cristina nuestro primer éxito. — “Tenemos a la puerta el coche, porque he venido acompañando a la madre del enfermito”.

—“Muy bien, — manifestó Gumerez. — Estoy en seguida con ustedes”.

Cuando descendí la escalera encontré a Cristina anhelosa, fuera del coupé, en el frío de la acera. Al verme sólo pensó que mi gestión había fracasado.

—“No, no — le comuniqué, — el doctor está arreglándose y vendrá inmediatamente. Entretanto, dime adónde vamos”.

—“Aquí, al lado de Almagro; Ignacio sabe el camino. Tengo esa quintita hace años; fué siempre mi refugio, mi escondite de los días oscuros”.

El doctor Gumerez llegaba en ese instante. Le presenté a Cristina brevemente y nos instalamos en el vehículo. Arrancó éste rápidamente. Cristina se secaba las lágrimas en silencio. Nosotros cambiábamos apenas cuatro banalidades con el doctor, atentos a no molestar el dolor de nuestra compañera. La entrada de la quinta estaba abierta de par en par y en actitud de espera un sirviente. Penetré el coupé por el enarenado del jardín y se dirigió a la casa ubicada en el fondo, entre una masa de verdura. Era una construcción sencilla, de cierta simple elegancia, con un peristilo de blancas columnas a la manera griega. Aun en la estación en que nos encontrábamos abundaba la vegetación y revelaba un exquisito cuidado de la propietaria. Salí a abrirnos la

A veinte años de distancia me estremecen aún estos recuerdos y sacuden mi espíritu como si llegase apenas de dejar en la tumba de los Sepúlveda aquel soberbio espécimen de cortesana redimida, para mí, por el más puro amor de mujer y ennoblecida por el más hondo de los dolores que pueden experimentar las mujeres.

El lúgubre drama fué tan público, tan desmenuzado y comentado, se adornó tanto la novela, que hasta mí llegó el eco de las críticas sociales que me tildaban de cínico por haber sepultado aquellos despojos entre los de mis propios parientes. Lo hice como un tributo, como un cumplido homenaje a la virtud que se levanta por sí sola del mismo fango; no temí el juicio hipócrita de los fariseos dispuestos siempre, a pesar del airado apóstrofe de Jesús, a tirar la primera piedra.

Por la firma original.

Rep. D. Esteban

Buenos Aires, junio de 1918.

¡Cure la Caspa! El Cabello se pondrá Espeso, Ondeado y Bello

¡Muchachas! Pásense un paño por el cabello y dupliquen su belleza.

La caspa desaparece y el cabello no se vuelve a caer.

Si desea poscer una cabellera abundante y hermosa, suave, lustrosa, sedosa, ondeada y sin caspa, no tiene más que usar Danderine.

Es fácil y no costoso tener un cabello bonito, suave y, sobre todo, abundante. Sólo tiene que comprar ahora un frasco de Danderine de Knowlton; todas las farmacias lo recomiendan. Aplíquese un poco según las instrucciones que acompañan a cada frasco, y al cabo de los diez minutos se notará más abundante. Se pone fresco, sedoso, cogerá un lustre incomparable y verá que no puede encontrar la menor partícula de caspa, y no se caerá el cabello; pero su verdadera sorpresa será después

de usarlo por varias semanas, cuando vea su cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo. Danderine es el único tónico, a nuestro juicio, que hace crecer el cabello, destruye la caspa y cura la picazón en el cráneo, evitando que el cabello se caiga.

Si Ud. quiere ver lo bonito y suave que su cabello es, humedezca un paño en un poco de Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Su cabello se pondrá suave, lustroso y bello en pocos minutos; una sorpresa agradable aguarda a todas aquellas personas que lo prueban.



Polvo Graseoso LEICHNER

Un rostro de mujer sin el POLVO LEICHNER se resentirá notablemente de la frescura que este maravilloso polvo le da, porque la característica del POLVO LEICHNER, es la de aterciopelar el cutis como si poseyera la mágica cualidad de un elixir de juventud perenne.

A su vendedor exíjale el verdadero y legítimo LEICHNER y no otro.

*Representantes:
En Asunción (Paraguay),
GUILLERMO PERONI
Ayolas esq. Benjamin Constant*

*En Montevideo:
MACEDONIO FERRARI
Juan Carlos Gómez, 1513*

VENTA EN TODAS PARTES

La Argentina
A De Micheli, C^a
 Avda de Mayo 1001. esq B. de Irigoyen

La moda infantil tiene en nuestra casa su más alta y genuina representación, tanto por el notable surtido de modelos seleccionados como por la modicidad de los precios.

210. — Traje de blusa, franela blanca a rayas, pantalón y tiradores de casimir azul, modelo chic de gran moda. De 2 a 7 años, a \$ **8.50**
211. — Traje «Aiglon», última creación de la moda, prolijamente confeccionado en melton de lana color gris, cuello de felpa de seda negra. De 2 a 7 años, a.... \$ **12.—**
212. — Sobretodito estilo capa, de forma amplia, cuello y puños de astrakan, confeccionado en casimir inglés de pura lana, colores marrón y verde seco. De 2 años, a \$ **27.50**

Aumentando \$ 1.50 por edad



213. — Traje cruzado, modelo «Trinchera» de última moda, creación de la casa, confeccionado en casimir de lana color gris, marrón, negro y azul. De 10 años, a \$ **35.50**
 Aumentando \$ 1.50 por edad.

214. — Sobretodo-Capa, de mucho vuelo, manga «Raglan» modelo práctico y de gran moda, confeccionado en buen casimir color gris. De 6 años, a..... \$ **29.50**
 Aumentando \$ 2 por edad.

CRÉDITOS

Acordamos créditos en mercaderías, pagables en DIEZ meses sin aumentar los precios y sin cobrar intereses.

SOLICITEN CONDICIONES.